

# III Domingo de Cuaresma

## 7 de marzo de 2021

---

- **Éx 20, 1-17.** *La ley se dio por medio de Moisés.*
- **Sal 18.** R. *Señor, tú tienes palabras de vida eterna.*
- **1 Cor 1, 22-25.** *Predicamos a Cristo crucificado: escándalo para los hombres; pero para los llamados es sabiduría de Dios.*
- **Jn 2, 13-25.** *Destruid este templo, y en tres días lo levantaré.*

*Se acercaba la Pascua de los judíos y Jesús subió a Jerusalén. Y encontró en el templo a los vendedores de bueyes, ovejas y palomas, y a los cambistas sentados; y, haciendo un azote de cordeles, los echó a todos del templo, ovejas y bueyes; y a los cambistas les esparció las monedas y les volcó las mesas; y a los que vendían palomas les dijo: «Quitad esto de aquí: no convirtáis en un mercado la casa de mi Padre».*

*Sus discípulos se acordaron de lo que está escrito: «El celo de tu casa me devora». Entonces intervinieron los judíos y le preguntaron: «¿Qué signos nos muestras para obrar así?».*

*Jesús contestó: «Destruid este templo, y en tres días lo levantaré».*

*Los judíos replicaron: «Cuarenta y seis años ha costado construir este templo, ¿y tú lo vas a levantar en tres días?».* Pero él hablaba del templo de su cuerpo.

*Y cuando resucitó de entre los muertos, los discípulos se acordaron de que lo había dicho, y*

*creyeron a la Escritura y a la palabra que había dicho Jesús.*

*Mientras estaba en Jerusalén por las fiestas de Pascua, muchos creyeron en su nombre, viendo los signos que hacía; pero Jesús no se confiaba a ellos, porque los conocía a todos y no necesitaba el testimonio de nadie sobre un hombre, porque él sabía lo que hay dentro de cada hombre.*

(Juan 2, 13-25)

### **1. Desde la Palabra de Dios**

San Juan sitúa en su evangelio este relato a continuación del de las bodas de Caná, donde Jesús transforma el agua en vino. Si con este signo, el evangelista anuncia la sustitución de la antigua Alianza por la Nueva, con la purificación del templo Jesús comienza a sustituir las instituciones que pertenecían a la Antigua Alianza, como el Templo de Jerusalén, por un nuevo culto en Espíritu y en Verdad (cf. Jn 4). Este texto, pues, denuncia la corrupción del templo y, en consecuencia, la del culto a Dios.

Jesús cuando llega al templo no se encuentra con adoradores de Dios ni con peregrinos que buscan a Dios. Sólo hay comercio. La fiesta era un medio de lucro para las autoridades religiosas.

Jesús, al estilo de los grandes profetas, condena con este gesto valiente, la falsedad de aquello que llamaban “culto a Dios”. Un culto hipócrita que no conducía a la conversión, sino a la explotación de los devotos peregrinos.

Pero Jesús no se queda solo en la denuncia del mercadeo en que se ha convertido el culto. Al expulsar del templo a todos los animales, materia de los sacrificios, declara inútiles los propios sacrificios, de modo que Jesús va más allá que los

profetas: Él sabe que el único sacrificio agradable a Dios será su propio sacrificio en la Cruz.

Jesús actúa como Hijo, cuando afirma «no convirtáis en un mercado la casa de “mi Padre”». Él es quien representa de verdad al Padre en el mundo.

La casa del Padre la han convertido en casa de negocios. El culto se ha convertido en un pretexto para el lucro de unos cuantos. Esto es intolerable, pues también ante los sencillos, bajo el nombre de Dios, se cometen muchos abusos. El templo era y sigue siendo el lugar donde Dios manifiesta su gloria. Y los hombres lo convertimos en lugar de negocio.

Al llamar a Dios «mi Padre», Jesús pone al mismo Dios, no sólo en el templo sino en la misma vida familiar, en donde se utiliza esa palabra refiriéndose al progenitor. La relación con Él ya no es de temor sino de amor.

La frase y el mensaje central del texto es: «destruid este templo y en tres días yo lo levantaré de nuevo». Jesús se presenta como el verdadero templo donde Dios habita. Jesús reemplaza el gran templo de Jerusalén por sí mismo, lugar definitivo de la presencia de Dios entre los hombres.

La señal que Jesús les da es la destrucción —la muerte— de sí mismo. Jesús será entregado a la muerte por las mismas autoridades que le piden un signo. Las autoridades religiosas condenarán a Jesús porque sus señales son un atentado contra el templo. Pero, Jesús afirma que Él es la señal auténtica de la presencia de Dios entre los hombres.

Dios aprobará la actuación de Jesús, porque resucitará a su Hijo. El cuerpo de Jesús es el verdadero santuario porque contiene en sí la

plenitud del Espíritu de Dios (Jn 1, 32). Es el sacramento visible de la presencia de Dios entre los humanos. Jesús es el templo verdadero donde encontramos a Dios, ya que Él es el camino, la verdad y la vida (Jn 11, 25).

Por Jesús y en Jesús el cristiano se convierte también en templo de Dios. «¿No sabéis —dirá San Pablo— que sois templos de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros?» (1 Cor 3, 16). De hecho, los primeros cristianos durante siglos no construyeron templos. Sentían que la asamblea era la comunidad donde se hacía presente el Señor. Donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos (Mt 18, 20).

Los templos vivos donde Dios habita son las personas, creyentes o increyentes. Desde que Jesús se hizo hombre, toda la humanidad es como el gran ámbito o templo de la divinidad. Dios habita plenamente en Jesús. Y en nosotros también habita el Señor por la participación en la persona de Jesús.

## ***2. Desde el corazón de la Iglesia***

*Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!*

*El Evangelio de hoy (Jn 2, 13-25) nos presenta el episodio de la expulsión de los vendedores del templo. Jesús «hizo un látigo con cuerdas, los echó a todos del Templo, con ovejas y bueyes» (v. 15), el dinero, todo. Tal gesto suscitó una fuerte impresión en la gente y en los discípulos. Aparece claramente como un gesto profético, tanto que algunos de los presentes le preguntaron a Jesús: «¿Qué signos nos muestras para obrar así?» (v. 18), ¿quién eres para hacer estas cosas? Muéstranos una señal de que tienes realmente autoridad para hacerlas. Buscaban una señal*

divina, prodigiosa, que acreditara a Jesús como enviado de Dios. Y Él les respondió: «Destruid este templo y en tres días lo levantaré» (v. 19). Le replicaron: «Cuarenta y seis años se ha costado construir este templo, ¿y tú lo vas a levantar en tres días?» (v. 20). No habían comprendido que el Señor se refería al templo vivo de su cuerpo, que sería destruido con la muerte en la cruz, pero que resucitaría al tercer día. Por eso, «en tres días». «Cuando resucitó de entre los muertos —comenta el evangelista—, los discípulos se acordaron de que lo había dicho, y creyeron a la Escritura y a la palabra que había dicho Jesús» (v. 22).

En efecto, este gesto de Jesús y su mensaje profético se comprenden plenamente a la luz de su Pascua. Según el evangelista Juan, este es el primer anuncio de la muerte y resurrección de Cristo: su cuerpo, destruido en la cruz por la violencia del pecado, se convertirá con la Resurrección en lugar de la cita universal entre Dios y los hombres. Cristo resucitado es precisamente el lugar de la cita universal —de todos— entre Dios y los hombres. Por eso su humanidad es el verdadero templo en el que Dios se revela, habla, se lo puede encontrar; y los verdaderos adoradores de Dios no son los custodios del templo material, los detentadores del poder o del saber religioso, sino los que adoran a Dios «en espíritu y verdad» (Jn 4, 23).

En este tiempo de Cuaresma nos estamos preparando para la celebración de la Pascua, en la que renovaremos las promesas de nuestro bautismo. Caminemos en el mundo como Jesús y hagamos de toda nuestra existencia un signo de su amor para nuestros hermanos, especialmente para los más débiles y los más pobres, construyamos para Dios un templo en nuestra

*vida. Y así lo hacemos «encontrable» para muchas personas que encontramos en nuestro camino. Si somos testigos de este Cristo vivo, mucha gente encontrará a Jesús en nosotros, en nuestro testimonio. Pero —nos preguntamos, y cada uno de nosotros puede preguntarse—, ¿se siente el Señor verdaderamente como en su casa en mi vida? ¿Le permitimos que haga «limpieza» en nuestro corazón y expulse a los ídolos, es decir, las actitudes de codicia, celos, mundanidad, envidia, odio, la costumbre de murmurar y «despellejar» a los demás? ¿Le permito que haga limpieza de todos los comportamientos contra Dios, contra el prójimo y contra nosotros mismos, como hemos escuchado hoy en la primera lectura? Cada uno puede responder a sí mismo, en silencio, en su corazón. «¿Permito que Jesús haga un poco de limpieza en mi corazón?». «Oh padre, tengo miedo de que me reprenda». Pero Jesús no reprende jamás. Jesús hará limpieza con ternura, con misericordia, con amor. La misericordia es su modo de hacer limpieza. Dejemos —cada uno de nosotros—, dejemos que el Señor entre con su misericordia —no con el látigo, no, sino con su misericordia— para hacer limpieza en nuestros corazones. El látigo de Jesús para nosotros es su misericordia. Abrámosle la puerta, para que haga un poco de limpieza.*

*Cada Eucaristía que celebramos con fe nos hace crecer como templo vivo del Señor, gracias a la comunión con su Cuerpo crucificado y resucitado. Jesús conoce lo que hay en cada uno de nosotros, y también conoce nuestro deseo más ardiente: el de ser habitados por Él, sólo por Él. Dejémoslo entrar en nuestra vida, en nuestra familia, en nuestro corazón. Que María santísima, morada privilegiada del Hijo de Dios, nos acompañe y nos sostenga en el itinerario cuaresmal, para que*

*redescubramos la belleza del encuentro con Cristo,  
que nos libera y nos salva.*

Papa Francisco. Ángelus 08/03/2015

### **3. Desde el fondo del alma**

Señor Jesús,

Tú que enseñabas y actuabas con autoridad,  
Tú que denunciabas la mentira y la falsedad,  
Tú que no aceptabas que usaran a Dios,  
que manipularan las cosas sagradas,  
Tú que le dabas a Dios el lugar que le  
correspondía,  
Tú que nos invitas a ser coherentes y auténticos,  
Tú que nos invitar a convertirnos y  
vivir tus enseñanzas, imitándote.

Señor, te pedimos la gracia de tu Espíritu Santo,  
para que nos purifique interiormente,  
para que seamos auténticos y transparentes,  
para que seamos veraces y sinceros,  
para que te tengamos presente en todo  
momento,  
para que vivamos tus enseñanzas,  
para que sepamos actuar como Tú,  
para que podamos tener tus sentimientos,  
para que transmitamos amor y caridad,  
para que vivamos la vida nueva  
que Tú nos has venido a traer  
y que Tú nos la das.

Haz Señor que te sigamos,  
que te imitemos y nos identifiquemos contigo,  
actuando y siendo como Tú.

Amén.